CAPÍTULO XXX

DIOS ES CENTRO DEL ALMA EN AMOR POR LA GRACIA

150.—¡Qué mundo de luz, vuelvo a repetir, se vislumbra aquí!, ¡qué mundo de ensueño, de realidad superior a toda comprensión y a toda idealidad criada! La gracia me da la vida sobrenatural, la vida de Dios. ¿Cómo puedo formarme yo idea de la vida sobrenatural y de los maravillosos e inexplicables fenómenos que hace en las almas? Para poder formarme idea de estos maravillosos fenómenos tendría que formarme idea de Dios, y el entendimiento criado no puede formar idea de Dios. Dios supera toda idea. Sólo cuando le veamos en su esencia con la luz de gloria nos podremos formar idea de lo infinito de Dios. Mientras vivamos en la tierra tenemos que continuar repitiendo lo que del conocimiento que de Dios podemos tener expresó San Agustín: *se conoce mejor a Dios ignorando, y el alma no tiene otra ciencia*

de Dios, sino saber que no le conoce (1). Porque ¿qué es el infinito? ¿Cómo puede ser posible imaginar el infinito y menos el Bien infinito?

Pero dulce sobre toda dulzura, y hermoso sobre todo encanto es pensar y soñar en las bellezas e infinitas perfecciones de Dios, volar en la claridad de la suavísima luz de Dios y, cerrando los ojos del cuerpo, sumergirse con toda la capacidad de las potencias del alma en la admiración de los soberanos, maravillosos y delicadísimos efectos que hace Dios en las almas entregadas a su amor. Dios mora en estas almas con especial complacencia y enriqueciéndolas con la abundancia de su gracia las ha levantado a unión de amor con El y como haciéndose del alma, la transforma en amor y en vida del mismo Dios. Aun cuando los sueños fueran de Querubín nunca llegarían a la delicia insospechable e insoñable de esta realidad. Detente un poco, alma mía, pensando estas misericordias y estas mercedes que Dios quiere hacer en ti. Mira lo que es ser transformada en amor de Dios y vivir tú en Dios y Dios en ti.

Porque Dios te da su gracia para hacer contigo esta unión de amor y por Dios no dejará de hacerse, Dios quiere hacerla con todas las almas y quiere hacerla con la mayor perfección hasta la del matrimonio espiritual.

(1) *Del orden*, lib. 2, cap. 16, 44 y 18, 47.

Un alma privilegiada con quien Dios había hecho esta unión, decía maravillas de sus efectos y afirmaba: *Al fin para este fin de amor fuimos criados* (2). Si Dios no la realiza con todos no es porque no tenga voluntad de hacerla, sino porque son muy pocos los que se determinan a cooperar fielmente con las gracias que Dios les da y corresponder a las llamadas o inspiraciones que les hace; porque son muy pocos los que se determinan a vencer los obstáculos que se presentan y lo impiden y a vivir los medios necesarios para vencerse a sí mismos y llegar hasta el fin del camino que pone en los amorosos brazos de Dios, y menos aún los que permanecen constantes en las purificaciones y desolaciones interiores, que antes de hacer la unión hay que pasar.

Y este es, sin embargo, el fin más alto y nobilísimo que puede darse; el fin que más claridades y bellezas pone en el alma; el fin que llena y empapa en los más altos gozos y en las más celestiales alegrías, pues son gozos y alegrías de Dios. Este es el fin que Dios quiere para mí.

¡Dios quiere hacer esta unión de amor con todos los hombres y quiere hacerla de modo particular con mi alma y para eso me ha escogido y llamado! ¡Está esperando que yo quiera y me determine, y negándome a mí mismo me ponga

(2) San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual*, 29, 3.

en El para hacerla! Dios me da su gracia para hacerla. Alma mía, ¿cuándo te determinarás?

151.—Como es Dios el Creador de todos los seres, es también el fin y el centro de todos. Porque Dios es el fin de amor y el más profundo y deleitable centro de amor del alma.

El alma encontrará a Dios en perfecta unión del más alto y soberano amor dentro y en lo íntimo de sí misma, cuando habiéndose recogido en sí misma por la perfecta mortificación y vencimiento aspire, ame y entienda y goce a Dios con toda su capacidad de entrega en amar, entender y gozar, porque se encontrará a sí misma por modo maravilloso en Dios, Verdad y Amor infinito. *Y Dios es el centro y el más profundo y dichoso centro del alma.*

¿Qué no hará el alma y qué no podrá el alma viviendo en este centro?

Dios mío: si tuvieras la bondad de enseñarme a decir algo de este mundo, de este firmamento estrellado de maravillas, de la transformación en amor divino y de las mercedes y magnificencias que obras en las almas que están ya en Ti y te tienen por centro suyo, mucho se animarían todos para determinarse a entrar en Ti.

Aquí, en Ti, centro del alma que vive en tu amor, se encuentra todo bien, se gusta de toda delicia y se sacian gozosamente todas las aspiraciones.

Pero el alma ha de recogerse voluntaria y decididamente dentro de sí misma y en este sol inefable que irradia toda claridad, que ilumina y alegra hasta lo más recóndito. El alma ha de mirar dentro de sí misma la Verdad y la Bondad infinita y empaparse y embriagarse en tan suavísima esencia. El alma, dejando todo lo demás, ha de desear a Dios con todo deseo.

Y San Agustín exhortaba al alma diciéndola: *recógete dentro de ti misma porque en lo íntimo del hombre habita la Verdad*, Dios (3), Dios infinito. No porque no esté en todas partes, sino porque se le ha de encontrar y gozar en lo íntimo del alma. En lo íntimo del espíritu, en la fe viva con las flores de las virtudes, encuentra el alma su solaz con Dios. Le encuentra cuando vaciada de todo y de sí misma y limpia y transparente, ve en sí misma los ojos de infinita hermosura de Dios. Ve en sí misma a Dios, que la deifica, y se ve a sí misma en la luz y en la bondad de Dios, muy por encima de sí misma (4). Dios es el espejo donde el alma se mira, y el alma es el espejo donde Dios se refleja.

La memoria, el entendimiento y la voluntad están llenas de Dios y de sólo Dios. Están en su dichoso centro y en su activísima quietud y gozo.

(3) *De la religión verdadera*, cap. 39, 72.
(4) *Confesiones*, lib. 10, cap. 25.

Porque están en Dios, su centro, están en la inmutable verdad y felicidad de Dios.

Dios es el centro del alma y el más profundo y dichoso centro, y el alma llegará a la posesión y quietud de ese su centro en la perfecta unión del más alto amor en lo más íntimo de sí misma cuando le desee, le ame, le entienda y le goce con toda su capacidad de desear, de entender y de gozar. Cuando esté poseída de Dios por la gracia y el amor, después de haber sido transformada en amor divino por las purificaciones y desolaciones interiores y pruebas exteriores.

152.—Al fijar mi consideración en este centro del alma, el más profundo, dos nociones llenas de claridad se presentan ante mi inteligencia: la primera es Dios, infinita grandeza y hermosura, la omnipotencia, bondad y sabiduría suma, criador de todos los seres; la segunda, el alma creada por Dios, espiritual y dotada de potencias con capacidad —ayudada y levantada con la luz de gloria— para poder comprender y gozar de Dios. Dios ha criado al alma para la felicidad sobrenatural. La felicidad sobrenatural y la dicha gloriosa del alma es Dios. Dios mismo llena con su presencia gloriosa la inmensa capacidad de entender, de amar y de gozar de las potencias del alma; es Dios empapando y saturando en sus mismas perfecciones

infinitas las potencias del alma, sobrenaturalizándolas y glorificándolas.

Esta felicidad perfecta y gloriosa sólo puede darse en el cielo, cuando rota la tela que une al alma con el cuerpo mortal en esta vida, entre ya el alma en el disfrute y goce y posesión gloriosa de Dios con el conocimiento y visión directa de la esencia de Dios que con la luz de gloria la comunicará el mismo Dios. Sólo en la otra vida puede el alma ver a Dios en su esencia con la luz de gloria y entrar en la posesión perfecta y gloriosa e inmutable de Dios, hecha luz de la luz de Dios y sabiduría de la sabiduría de Dios. Termina la fe y el creer, porque empieza el ver y el comprender, y con el ver y comprender el gozar y la felicidad.

Pero sé ciertamente que Dios quiere hacer también una perfecta unión de amor con el alma en esta vida mientras peregrina y se santifica en la tierra, y la hará realmente cuando el alma quiera, ayudándola el mismo Dios.

153.—Hace Dios con su gracia esta unión, pero no la hace sin la determinada voluntad y esforzada cooperación del alma, y la hace realmente en el momento en que el alma se ha vaciado perfectamente de su amor propio y se ha purificado en todo cumpliendo prontamente la voluntad de Dios.

Enseñando a realizar este vacío del amor propio y de los apetitos que impiden hacer la voluntad

de Dios, decía San Juan de la Cruz a la Carmelita Madre Marina: si lo hacía le *daba palabra que dentro de dos meses no habría en mi alma más que Dios y yo en el mundo* (5). No haber en el alma más que Dios y el alma es la real unión de amor con El. Cuando en el alma está Dios sólo, el alma piensa en Dios, ama en Dios y con Dios, vive con Dios y para Dios. Dios es la vida y la ilusión del alma. La voluntad del alma es hacer sólo la voluntad de Dios con quien está unida.

Dios quiere hacer su unión de amor con el alma íntima, amorosísima e irrompible, y la hace cuando el alma quiere, cuando el alma se ha dejado disponer, porque es Dios mismo quien tiene que disponer al alma, pero no la dispone sin la voluntad de perfecta entrega del alma. Dios obra en el alma y el alma recibe de Dios y obra con Dios. De la perfecta entrega y fidelidad del alma depende la perfección de la unión de amor con Dios. Dios mismo vacía al alma fiel con fuertes desolaciones y tremendas purificaciones interiores.

Dios toma posesión del alma por la gracia y el amor. El alma toma posesión de Dios por la gracia y el amor y entra en la posesión gloriosa por la luz de gloria, que la comunica Dios y empieza ya el cielo interminable con esta infusión o comuni-

(5) Crisógono de Jesús: *Vida de San Juan de la Cruz,* capítulo 17.

cación de gloria en que transforma Dios la gracia. Entra en la dicha.

154.—Es cierto que el alma tiene su centro en sí misma en cuanto es ser criado por Dios. Todos los seres tienen su esencia, que es su centro propio como criatura particular. Cada criatura tiene su esencia y sus propiedades, y el centro o esencia del alma, como ser espiritual, es maravilloso y maravillosas sus propiedades; y sus potencias son capaces de poseer y gozar de Dios. Es el centro que pudiéramos llamar natural o entitativo.

Me agrada leer en Fray Juan de los Angeles estas doctrinas que se acercan a las llenas de luz de cielo que nos enseña San Juan de la Cruz, y a las que nos vamos acercando y preparando para meditarlas y gozarnos con el brillo de su luz. *El íntimo del alma es la simplísima esencia de ella, sellada con la imagen de Dios, que algunos santos llamaron centro; otros, íntimo; otros, ápice del espíritu; otros, mente; San Agustín, sumo, y los más modernos llaman hondón, porque es lo más interior y secreto, donde no hay imágenes de cosas criadas, sino... sólo del Criador. Aquí hay suma tranquilidad y sumo silencio, porque nunca llega a este centro ninguna representación de cosa criada y, según él, somos deiformes o divinos, o tan semejantes a Dios, que nos llama la Sabiduría dio-*

ses. (6). Esto es imposible imaginarlo, sólo es posible saberlo y creerlo.

Es el efecto de la transformación y de la unión de amor con Dios. Es la maravillosa transformación que Dios hace en el alma por la gracia comunicándola participación real de Sí mismo, de su misma naturaleza y de sus mismas propiedades. Es Dios mostrándose soberano y delicadísimo centro del alma como sol brillantísimo que tiene no fuera, sino dentro de sí, al alma haciéndola luz y calor; como bálsamo suavísimo y perfumado que empapa y satura al alma en su fragancia.

Pero quiero detenerme un poco pensando lo que es ese centro divino e infinito de mi alma para llenarme de gozo y de aliento admirando tanta luz, tanta hermosura, tanta magnificencia y bondad y que se me da todo y me transforma en sí.

(6) *Diálogos de la conquista del espiritual y santo reino de Dios,* diálogo 1, pf. 3.

CAPÍTULO XXXI

QUE ES DIOS CENTRO DEL ALMA. GRANDEZA Y EXCELENCIA DE DIOS

155.—Teniendo presente el alto vuelo de la inteligencia que sobre Dios presentó San Anselmo y que ilusiona al alma con mundos de luz suprasensibles, escribía Fray Juan de los Angeles: *Dios... es tal, que ninguna cosa mayor ni mejor ni se puede pensar ni imaginar... Dios debe ser amado por sí mismo... De todas las cosas amables... la dignísima de ser amable es Dios... No ama el varón perfecto a Dios por el premio y retribución, ni por otro algún respecto de beneficios y dádivas, sino por sí mismo. Que el verdadero amor en sí mismo y de sí mismo se engendra. Así decía San Bernardo: Amo porque amo. Amo para amar.* Y exhorta al oyente a amar diciendo: *Ama a Dios y ámate a ti mismo y ama los dones de Dios por Dios. Amale a El para gozarle, y ámate a ti para que seas amado de El* (1).

(1) *Triunfos del amor de Dios,* cap. 14, consideración 3.

Gózate, alma mía, deteniéndote a pensar un poco sobre la magnificencia e infinita excelencia y perfección de Dios, y al mismo tiempo que encontrarás la mayor complacencia y alegría mirando la suma belleza y el manantial de toda otra belleza criada, formarás en tu inteligencia la idea más alta que puede tenerse de este centro tuyo y en tu voluntad el deseo de disponerte para conseguirle y descansar dichosamente en tal centro.

Alma mía, Dios es tu centro. Pero ¿qué es Dios? ¿Y cuál es la omnipotencia, la sabiduría, la hermosura y la bondad de Dios? ¿Cuál la dicha de Dios? Sueña, alma mía, sueña en tanta grandeza, en tanta luz, en tanta hermosura y bondad. Despliega toda la capacidad de tu entender y pide su ayuda a los mismos ángeles del cielo. Por alta que vuele tu inteligencia nunca podrás tener en la tierra idea clara de Dios ni aun que se acerque a la infinita perfección de Dios. Vuela con humildad y Dios te dará el entender y el amar.

Dios es infinito en toda perfección; Dios es la perfección infinita y el ser infinito, necesario y simplicísimo. Dios es el sumo acto infinito en infinita y siempre actual actividad y felicidad. Dios es el ser infinito; Dios es inefable, inimaginable e insoñable. Dios, esencia infinita y omnipotente, es espíritu simplicísimo, purísimo, que existe por Sí mismo y en Sí mismo, cuyo ser es existir, y por ello es el ser necesario y el creador de todos los

seres que existen o pueden existir. Los creó para comunicar bienes.

Dios no necesita de las criaturas para existir ni para ser feliz y vivir en gozo y dicha. Ha creado y crea las que quiere y con las cualidades o perfecciones que quiere y cuando quiere; pero Dios existe en Sí mismo y por su misma esencia es la felicidad y la alegría y el contento.

Porque es el ser simplicísimo, infinito en todas perfecciones y sin límites, no podemos imaginarle ni figurarle. La imaginación obra y trabaja siempre sobre figuras palpables, visibles o mensurables y cuantitativas. La fantasía forma imágenes de los seres espirituales criados y pinta sin cuerpo las cabecitas de los ángeles para dar a entender que son inteligencia y amor; pero pinta ilusiones, aunque santas, porque los ángeles no tienen cuantidad, ni formas dimensivas, ni figura, ni color ni son tangibles. Y como nuestro entendimiento no puede comprender si no hace relación a imágenes ni puede expresar lo que entiende sino con palabras y formas visibles o tangibles, les da esas formas para manifestar su conocimiento y su amor o que son inteligencia y voluntad y vuelan en la delicia y felicidad.

Dios no tiene centro cuantitativo ni geométrico. Dios es espíritu simplicísimo, acto purísimo e infinito, sin límites en toda perfección. No puedo comprender a Dios ni puedo tener ideas unívocas

de Dios. Solamente puedo tener ideas análogas o semejantes de su ser y de sus perfecciones. El conocimiento análogo que de Dios puedo tener dista infinitamente de la realidad del ser y de las perfecciones de Dios y no se parece a El como no se parece lo material a lo espiritual creado o, como ya indiqué, menos que se parece una estatua de piedra muerta al ser vivo que representa y al alma que entiende y ama.

Dios es sobre todo cuanto se puede pensar ni expresar. Es no sólo sobre cuanto puede pensar mi entendimiento y sobre cuanto puede pensar el entendimiento más perspicaz del hombre más sabio, sino que los mismos entendimientos de los ángeles más encumbrados no le pueden comprender con su entender natural, y cuanto más entienden de Dios con la luz de gloria, más claramente ven que supera infinitamente toda comprensión y es infinitamente más. Pero necesitamos expresar de alguna manera la noción que de Dios tenemos y para ello acudimos a las magnificencias y bellezas que más nos impresionan, a todo el encanto y ornato de la naturaleza, a todo el esplendor y magnificencia de los cielos, a todo el colorido y armonía que agrada a nuestros sentidos, a todos los conocimientos que adquirimos y nos admiran e intentamos expresarlo en el lenguaje más delicioso y noble usando de figuras metafóricas y de alegorías, y así decimos que Dios es una esfera cuyo

centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna para pretender en alguna manera explicar con esta comparación soñadora y disparatada que Dios está en todas partes como es: infinito, indivisible, el sumo bien, y está todo, totalmente, actualmente. No hay ni puede haber ni un solo átomo donde Dios no esté totalmente por esencia, presencia y potencia; dándole ser y las cualidades que tiene y conservándoselas. Siendo el Ser simplicísimo no puede dividirse, y donde está, está todo totalmente en toda perfección.

Pero Dios no es esfera, ni circunferencia ni centro geográfico o geométrico. Dios es sobre todo eso, y sobre todos los mundos, y sobre todo lo creado, y sobre todo lo que puede expresar la lengua del hombre, o soñar la fantasía más exaltada o entender el entendimiento más encumbrado sin exceptuar el de los Serafines y Querubines, y nada de lo creado se parece a Dios.

Dios es Dios, infinito, eterno, siempre la actualidad y el ahora infinito.

156.—Y vuelvo al argumento que si no es concluyente del todo para probar la existencia de Dios, lo es para levantar el entendimiento y ánimo a pensar lo más grande y perfecto. *Creemos que Tú eres algo, que no se puede pensar nada mayor* (2).

(2) San Anselmo: *Proslogio*, cap. 2. Escoto dice sí es con-

Y que no solamente eres algo que no se puede pensar nada mayor, sino que eres un ser mayor que cuanto se puede pensar (3).

Dios es el Criador de todo. Dios es el que ha comunicado y comunica todas las perfecciones a todos los seres que existen creados y conservados por El. Y todos los seres y todas las perfecciones existentes o que la inteligencia criada puede pensar y la fantasía soñar son como nada comparadas con la infinita perfección de Dios. Dios es el infinito en toda perfección y en todo bien. ¿Qué es el infinito? ¿Cómo es o cómo puede figurarse el infinito? Porque no se le puede figurar, no se le puede expresar. Dios es inefable.

El conocimiento más exacto que de Dios podemos tener en la tierra es el conocimiento oscuro que la fe nos enseña, y la fe me dice que Dios es infinito. ¿Cómo es el ser infinito? Es el sin límites en toda perfección, el sin partes, el invisible, el simplicísimo e indivisible, la suma perfección. Dios es el todo inteligencia, el todo voluntad, el todo bondad, el amor infinito, el sumo gozo y dichosa delicia.

No podemos conocer a Dios intuitivamente por la razón natural, le conoceremos y veremos y po-

cluyente con una pequeña adición que se supone. *Obras. De Dios y de las Divinas Perfecciones,* núms. 137-139.

(3) Id., id., cap. 15.

seeremos en el cielo con la luz de gloria que El nos comunicará.

Conocemos a Dios y vemos su existencia por los efectos. Los efectos nos llevan con certeza a la causa que los produce. Toda la creación es la voz de Dios, voz que llega de un confín al otro confín. Todos los seres pregonan a Dios.

Como en esta vida no podemos conocer a Dios intuitivamente ni en su esencia, tampoco nos es posible formar ideas propias y precisas de sus perfecciones. Tan excelsas perfecciones no caben a entrar por los sentidos a nuestro entendimiento. Dios y las perfecciones de Dios superan nuestro entender. Dios y las perfecciones de Dios por su altísima excelencia no tienen ni proporción ni comparación con lo que entendemos ni con lo que vemos. El entendimiento creado no puede por sí solo ver belleza y claridad tan deslumbrante. Oh Sol de todo bien, ilumíname.

Hablamos de Dios y de las altísimas perfecciones de Dios, pero hablamos con las ideas de los hombres y con las imágenes más nobles que podemos formar los hombres y con las palabras más expresivas que encontramos en el lenguaje humano, que no son adecuadas ni propias para expresar la infinita verdad de Dios ni pueden manifestar el destello de la claridad infinita de Dios.

Como Dios es la belleza y la bondad y la sabiduría misma por su esencia, es también inefable

y al pretender hablar de El, Bien infinito, Bien sobre todo bien, escogemos lo más perfecto, lo más amable y atrayente, lo más noble y precioso que conocemos en la creación o que podemos pensar. Aplicamos a Dios, por comparaciones, la selección de lo más perfecto y subyugador de las perfecciones que conocemos, no porque Dios sea esa perfección como la entendemos, sino porque no sabiendo ni pudiendo pensar ni decir más ni mejor queremos expresar algo de lo infinito de la verdad, de la bondad y de la hermosura de Dios.

157.—Toda la hermosura y toda la grandeza y todo lo gracioso y esplendoroso y todo cuanto podemos soñar y podemos ver, delante de Dios y comparado con Dios es nada y como pura fealdad.

Llamamos a Dios luz y hermosura y bondad no porque Dios sea como esta luz física, como esta hermosura y bondad que entra por mis ojos y yo admiro o concibo y me deleita, sino porque no encontramos nada más bello y luminoso que lo dé a entender. Dios es una luz, una belleza y una bondad espiritual, ideal, sobre toda luz, sobre toda belleza y bondad y nuestros conceptos son nada, y tiniebla y fealdad en comparación con la perfección de Dios (4).

(4) San Juan de la Cruz: *Subida del Monte Carmelo,* libro 1, 14, y Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí y yo en Dios.*

Y toda esa delicadísima realidad, que supera toda idealidad, es mi centro, el centro de mi alma, es mi amor, ha de ser mío y mi gloria y mi dicha.

¡Quién me diera que pudiera yo expresar y resumir algo de las perfecciones divinas con mayor elegancia y sentimiento aun con que lo han escrito algunos eminentísimos escritores y almas de luz para despertar la admiración y el amor a esta magnificencia amorosísima de Dios! Pero ni el hombre más eminente en entender o decir, ni el místico más experimentado y mejor dotado para describir saben ni pueden expresar otra cosa sino repetir de diferentes modos que esto de luz, de belleza, de bondad, de excelencia que admiramos no está en Dios o, diciéndolo con las palabras de los filósofos, está de una manera sobreeminente y altísima, que no se asemeja a ésta, porque nada se puede comparar a la infinita realidad de Dios. ¿Qué será Dios centro de mi alma?

Dios siempre es más en perfección a infinita distancia en tanto grado que hasta los más altos espíritus de las más encumbradas jerarquías angélicas, iluminados, transformados y glorificados con la luz de gloria, estarán viendo continua y eternamente novedades maravillosas y altísimas de Dios, siempre con renovada admiración y gozo, siempre más, sin llegar a comprenderle totalmente. ¡Dios es el infinito en todo bien y en toda perfección! ¡Dios, todo dicha, es el centro de mi alma! La

gracia divina me da participación de este infinito bien y de esta excelencia de Dios y empapa mi alma y las potencias de mi alma de esto infinito e inefable de Dios, de esta magnanimidad y bondad de Dios y la hará brillar con el resplandor divino hecha toda amor, toda gozo, toda hermosura y delicia.

¿Qué seréis Vos, Dios mío, centro de mi alma? ¿Cuál será vuestra magnificencia?

158.—Veo, Dios mío, tu omnipotencia y tu sabiduría y tu hermosura y bondad en el rayo de luz que me envía la estrella del cielo, y en el esplendor con que el sol me ilumina, y en el delicado color de la flor recién abierta, y en la violencia del huracán, y en la inmensidad del firmamento, y en lo dilatado de los mares, y en la variada hermosura de la naturaleza.

Me maravilla tu providencia en la sucesión de los tiempos y de las estaciones y de los años; en la sucesiva fecundidad de la tierra, en lo inexplicable del organismo y de la vida de tan distintos animales, del siempre nuevo prodigio de la inteligencia del hombre y de su voluntad para amar.

Pero lo que me llena de gozo, de esperanza, es saber que me has criado a mí para conocerte y poseerte eternamente a Ti, infinito, en el cielo, para siempre, después de haberte amado aquí en la tierra. ¿Qué gozaré poseyéndote? ¿Quién eres

Tú, Señor mío y Dios mío? Me has creado para gozarme con tu mismo gozo, y ser feliz con tu misma felicidad.

Tú dijistes a Moisés: *Yo soy el que soy* (5); Yo soy el ser por esencia, el Creador de todo cuanto existe. El ser necesario, el ser infinito en todo bien y en toda perfección. Todo lo demás existe por mí y del modo que yo determino. Yo doy la existencia al astro más dilatado del firmamento y al microbio más diminuto que no pueden percibir tus ojos. *Yo soy el que soy.*

Y, partiendo de esta verdad fundamental, quiero de nuevo traer a mi memoria los grandes pensamientos que más ensanchan mi espíritu.

No solamente eres, Dios mío, lo más perfecto y mejor y superior que no pueden llegar a pensar y menos comprender las inteligencias criadas más eminentes, aun de los altísimos Querubines y Serafines, sino que tu misma inteligencia infinita no puede llegar a pensar nada mayor, ni más perfecto, ni mejor, ni superior a lo que eres en tu ser y en tus perfecciones, a lo que has sido siempre, a lo que siempre serás.

Si el entendimiento divino pudiera llegar a pensar o entender en algún momento algo mayor, o más perfecto, o más hermoso, o superior y algo diferente o alguna novedad de lo que es su ser,

(5) *Ex.*, 3, 14.

no sería infinito, no sería el ser inmutable, no sería el ser por esencia, ni la verdad, ni el entender por esencia, no sería Dios, carecería de la perfección absoluta y de la omnipotencia y de la felicidad. Y Dios lo es todo y lo tiene y lo ve actualmente, simultáneamente. Para Dios no hay futuro ni nonovedad alguna.

159.—Dios es Dios y el ser infinito. Las perfecciones divinas que nosotros no podemos comprender sino como diversas, en Dios son una altísima y sola perfección simplicísima e infinita que las abraza todas.

Dios es el ser infinito, omnipotente y perfectísimo. Sólo el entendimiento divino puede entenderse a sí mismo y se ha entendido siempre y se entenderá siempre totalmente y de tal manera que todo lo tiene presente, actual, simultáneo, y lo goza todo en suma y actual delicia.

Para Dios no hay pasado ni futuro; es siempre el ahora presente glorioso. Dios está siempre en la infinita actividad del entender y del amar infinitos y gloriosos, y del infinito y continuo gozar.

En Dios no cabe más entender, porque entiende infinito y simultáneo; en Dios no cabe más amar, porque ama infinito y es el amor. En Dios no cabe más gozar, porque es el gozo infinito, actual, ininterrumpido, y ese gozo encierra todos los gozos. Esta es la vida infinita de Dios y felicísima: en-

tenderse a Sí mismo, y entendiendo su esencia, entender y poder todo lo posible, y entendiéndose a Sí mismo, amarse con infinito amor en felicidad y gozo infinitos.

Esta es la Vida infinita y perpetua de Dios en las tres Personas divinas en una sola y perfectísima e infinita esencia: el Padre, el entendimiento infinito que entiende su esencia y engendra al Hijo. El Hijo, que es la Sabiduría entendida por el entendimiento divino entendiéndose a Sí mismo y en Sí mismo entendiendo todo lo posible. El Espíritu Santo, que es el amor y el gozo infinito producidos por el infinito entendimiento que entiende y la infinita Sabiduría entendida. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo en una simplicísima esencia infinita y eterna. Las tres Personas Divinas son iguales, pues son la misma esencia infinita en perfecciones y simplicísima, con la sola relación de entendimiento que entiende, entendimiento o sabiduría entendida y amor y gozo producido por el entendimiento entendido y que entiende.

Y esta vida es eterna, sin principio, desde que Dios es Dios, desde que su entendimiento se ha entendido, que es desde siempre. Es el ser necesario.

160.—Dios no tiene memoria. La memoria es una perfección imperfecta. En Dios no es posible nada imperfecto. La memoria es traer al presente

lo pasado o lo futuro. Dios no tiene memoria. Para Dios no hay pasado ni futuro. Dios es el ahora infinito; el presente infinito siempre entendiéndose a Sí mismo y en Sí mismo entendiendo y teniendo presente todo lo posible y viviéndolo.

Nada puede ocultarse a la mirada de Dios, porque El lo crea todo, y lo conserva todo, y está presente en todo, y lo tiene en Sí mismo todo.

Dios da la existencia y la conservación del ser a todo lo que existe. Dios da todas las propiedades y cualidades a todos los seres que ha determinado crear vivos o inertes, a los astros inmensos que pueblan los espacios como al átomo invisible; a los seres que tienen vida vegetativa y sensitiva solamente como a los que gozan de vida espiritual; al hombre como al ángel. Todo está presente al entendimiento divino; cuanto ha creado, cuanto existe o ha dejado de existir y cuantos millones de millones de mundos y de seres que no ha creado y creará en el futuro o que nunca jamás creará.

Todo ha estado presente al entendimiento divino. Dios no tiene principio. Dios es el que es. Dios es el ser necesario. Dios es el que crea todas las cosas. Yo, con todos mis pensamientos y deseos; todas las criaturas racionales y espirituales, con todos sus pensamientos y deseos, estamos presentes a Dios. Dios no se agota. Ha sido, es y será siempre el infinito. Dios no duerme ni parpadea. Su

querer es su obrar. Dios es la vida y la actividad y la delicia.

Dios no es más después de crear los mundos ni es menos si los hace desaparecer. Todo lo actual y todo lo posible está en Dios. Dios es inmutable.

Todo lo entiende y ve el entendimiento divino. Todo está presente al entendimiento divino. Para Dios no hay novedades ni imprevistos. Para Dios no hay secretos. Dios es el eterno; desde siempre, para siempre.

Admira, alma mía, que sólo Dios puede entenderse a Sí mismo todo totalmente y en Sí mismo entiende simultáneamente todo lo posible y cada uno de sus seres. Ni los ángeles pueden entenderle totalmente, porque es infinito. Mira que el infinito entendimiento de Dios en su infinito entender nunca podrá entender ni la más mínima perfección nueva que El no tenga y goce, que no haya tenido y gozado siempre, que no tendrá y gozará siempre. Dios es el infinito gozo y el Sumo Bien.

El infinito entendimiento de Dios en su sumo e infinito entender no es posible que piense o entienda nada más perfecto, nada más grande que la realidad de su mismo ser infinito y que sus infinitas perfecciones. ¿Qué será Dios? Dios nada puede disminuir, nada puede aumentar. Dios nada puede perder, nada puede adquirir que ya no tenga.

Hablamos de Dios y de sus perfecciones. Nada

hay más hermoso ni más noble y alto que pensar en Dios y hablar de Dios; como nada hay comparable al gozo de ver y amar a Dios. Dios no puede disminuir del gozo que tiene. Dios no puede adquirir gozo alguno que no tenga ya y haya tenido siempre.

161.—El lenguaje que nosotros tenemos, aplicado a Dios, no puede entenderse de idéntico modo, como nuestro entender no es idéntico al entender de Dios ni nuestro ser al ser infinito de Dios. Aplicamos a Dios las perfecciones que nosotros conocemos o vemos en la creación, pero sólo por semejanza. Vemos y conocemos algunas de las perfecciones criadas y que son intrínsecas a las cosas, aun cuando son perfecciones relativas. Y Dios tiene esas perfecciones, no como las vemos, sino de un modo eminente y sumamente más alto y perfecto, y esas perfecciones en Dios son esenciales y absolutas y sin distinción en sí, formando la simplicidad de una única perfección infinita. En Dios todas las perfecciones se identifican en una simplicísima perfección infinita.

Por esto al hablar de Dios tenemos que hablar de un modo alegórico solamente y como soñador y poético. El lenguaje de los místicos es necesariamente poético y soñador cuando tratan de Dios y de sus comunicaciones; y es en su sencillez, encumbrado y luminoso más que el sol y sobre to-

das las cimas. El lenguaje de los místicos sobre Dios y sus perfecciones es alentador y creador. Es todo lluvia de rosas vistosas y fragantes y difusión de verdades en armonías y bellezas cautivadoras.

Como la noción experimental de Dios y de sus perfecciones no caben en el lenguaje de los hombres, el místico que ha sentido y gustado algo de ellas busca y habla palabras de luz y de armonía y de fragancia que no pueden percibir los sentidos del cuerpo, cuando quiere expresar algo de lo que ha sentido o se le ha comunicado o ha visto de Dios y de sus deslumbrantes y altísimas perfecciones. Expresa la belleza más alta y escoge lo más ideal y subyugador de cuanto conoce y ve en la naturaleza aplicándolo a Dios. Habla poéticamente y alegóricamente, porque no es posible expresar en la tierra de otro modo las altísimas realidades que ha recibido y entendido con inefable luz y contento en lo íntimo de su alma. Y lo más extraordinario es verse obligado a acudir, después de agotar las expresiones, a la forma negativa, a la que acudió San Pablo, cuando escribía: *Ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (6). Nada hay comparable a la luz de Dios.

Cuando Santa Teresa de Jesús nos dice: *Se*

(6) *I Cor.*, 2, 9.

me representó... Cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí, y parecíame estar (mi espíritu) metido y lleno de aquella majestad (7), no sentimos ni aun nos podemos figurar con precisión lo que ella vio y sintió, aun cuando nos sirva de aliento y de luz; no podemos ni figurarnos cómo puede ser ni lo que se puede ver, sentir y gozar.

Tan admirable es y tan incomprensiblemente maravilloso el Centro del alma. Es el mismo Dios infinito siendo la vida del alma. El alma participa de lo infinito de ese infinito Centro y le vive en amor por la gracia santificante. Y le tiene todo totalmente. Porque Dios, infinito y simplicísimo, no tiene partes ni es divisible por ser simplicísimo, y donde está, está todo, totalmente, y lo está en el alma, en la esencia del alma, siendo, repito, su vida natural y sobrenatural, y el alma dice segura ya: *De mi alma en el más profundo Centro:* Yo en Dios y Dios todo en mí en amor (8).

(7) *Vida,* 40, 9-11.

(8) Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí.* Se trata en todo el libro muy detallada y afectuosamente de la Perfección de Dios, principalmente en Lec.-Med., VIII-IX y sgs., y en *Yo en Dios o el cielo.*

Capítulo XXXII

ADMIRABLES EFECTOS QUE LA GRACIA OBRA EN EL ALMA QUE VIVE EN DIOS COMO EN SU CENTRO Y TIENE EN SI A DIOS EN AMOR

162.—Leo en la vida de Catalina de Jesús, aquella insigne carmelita de quien Santa Teresa hace muy ponderados elogios en sus *Fundaciones* (1), que cuando aún no había entrado religiosa deseaba ver el estado de su alma y Dios la complació presentándola ante los ojos el propio corazón de ella, y al ver que estaba muy pasado y medio podrido, y que en lo podrido se movían gusanos, símbolo de sus defectos, sintió repugnancia de su propio corazón y dijo al Señor: *Ya veis el cobro que yo he dado de mi corazón. No me le volváis a dar más; ya desde hoy no lo quiero, sino*

(1) *Fundaciones*, 22.

que os lo entrego poniendo por testigos a vuestra Madre y a todos los Santos (2).

Al desconsuelo y desaliento subsiguiente vino el auxilio de Dios, diciéndola desde el crucifijo: *Mira mi brazo que te doy, que es mi poder para que pongas en obra mi voluntad y lo que me has prometido.*

Ese brazo fuerte y amoroso de Jesús se me ofrece también a mí y a todos para que con su ayuda nos preparemos a la unión de amor con Dios y Dios no dejará de realizarla una vez hecha la preparación.

Porque no hay alma que no haya sido criada para ser unida a Dios en unión de amor. Misterio del amor de Dios es el don de la fe. Misterio del amor de Dios es la conversión de las almas a la vida de gracia y la infusión de esa gracia divina en las almas. Culminación maravillosa del misterio del amor de Dios para con las almas es la transformación del alma en amor de Dios para la unión de amor con Dios, donde Dios ha obrado los más sorprendentes prodigios con las almas preparadas y entregadas.

Y ciertamente Dios quiere hacer esta unión de amor y para hacer esta unión ha creado las almas y la quiere hacer con la mía y con cada una.

(2) P. Fr. Francisco de Santa María: *Historia general de la Reforma de Descalzos de Ntra. Sra. del Carmen de la Primitiva Observancia*, lib. 7, cap. 13, núm. 6.

Toda la vida espiritual es esfuerzo de preparación, de aspiración y de progreso para que Dios tenga la bondad de realizar esta unión de amor con el alma. Ciertamente, con nada se merece esta unión, pero Dios la quiere hacer y de hecho la realiza cuando el alma ha correspondido con esmero en practicar las virtudes, se ha preparado con la oración y con penitencia y se ha purificado vaciándose de sus apetitos, de los gustos y disipaciones mundanas y de su amor propio.

La oración exige todo lo demás, ya que *regalo y oración no se compadecen* (3). Y todo el que desea ser de Dios ha de ser mortificado.

163.—La unión de amor es gracia divina y es amor, y la oración que prepara para esa sobrenatural unión es amor y ejercicio de amor. Quien más ama, más íntima y perfecta oración tiene, más estima el sacrificio y la humildad, y se prepara mejor para que Dios haga la pronta unión de amor con El.

Porque ésta es verdad fundamental, la han enseñado y resaltado todos los santos y tratadistas espirituales de todos los tiempos.

Recordemos la definición tan sencilla y expresiva que Santa Teresa daba, sin tener estudios: *No es otra cosa oración mental... sino tratar de*

(3) Santa Teresa de Jesús: *Camino de perfección*, 5, 2.

amistad... a solas con quien sabemos nos ama (4) y la amistad es amor y es unión. La amistad con Dios es amor de Dios y es gracia. La oración es gracia y fomento y desenvolvimiento del amor y de la gracia. El alma que desea la unión con Dios, le acompaña, le mira y la pide.

Como muy experimentada en esta vida interior y trato con Dios, enseña también que *para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí es la puerta la oración* (5). No puede llegar el florecimiento y fruto de la gracia y del amor sin la oración.

Muchos siglos antes que Santa Teresa expresó San Juan Clímaco esta idea y definición de la oración con una frase muy exacta y afortunada: *Oración* —dijo—, *según su condición y naturaleza, es unión del hombre con Dios* (6).

Ni era nueva en la Iglesia esta noción de que la oración sea amor de Dios; de que la oración sea trato y conversación de amor con Dios; de que la oración sea una manifestación y conversación amorosa y familiar del hombre unido con Dios y es la misma unión de amor. Nos lo enseñó el mismo Jesús con sus ejemplos y con su doctrina y lo consignaron ya por escrito como verdad cierta bien

(4) Id., *Vida,* 8, 5.
(5) Id., *Vida,* 8, 9.
(6) San Juan Clímaco: *Libro de la escala espiritual,* capítulo 29.

conocida y vivida en los primeros siglos del cristianismo Evagrio el Póntico y San Clemente. Más tarde dio San Juan Damasceno la definición, que aceptó Santo Tomás de Aquino, y ha quedado como clásica, cuando dijo que *la oración es una elevación del espíritu hacia Dios, y una petición a Dios de las cosas que convienen* (7).

El autor de la *Carta a los Hermanos del Monte de Dios* hace resaltar más aún la idea de que *la oración es la conversación afectuosa, familiar y reverente del hombre que se une a Dios* (8), por lo que había de resumir Santo Tomás con frase trascendental que *esto es lo que principalmente se ha de pedir en la oración: que nos unamos con Dios* (9).

Con Santo Tomás de Aquino nos han enseñado todos los teólogos posteriores y los escritores de ascética y mística que la oración es amor y ejercicio de amor de Dios. Las rosas y los frutos de este amor de Dios son las virtudes. En las virtudes se ve el amor y se conoce a un alma de oración.

La oración es comunicación de amor y unión de amor con Dios.

(7) San Juan Damasceno: *De Ortodoxa Fide*, lib. 3, capítulo 24.

(8) Guillermo de Saint Thierry: *Epístola ad Fratres de monte Dei.*

(9) *Suma teológica*, II, II, q. 83, a. 1 al 2. Véase el capítulo 38, núm. 198, donde se vuelve a tratar.

164.—Me enseña la teología que todos los seres han sido creados por Dios; a todos conserva Dios individualmente en su existencia. Al átomo invisible y al microbio y bacteria imperceptible lo mismo que a los astros inmensos y desconocidos de las galaxias que pueblan los espacios y que a los perfectísimos seres de vida vegetativa, sensitiva o espiritual y que a las jerarquías angélicas, y no sólo los ha creado Dios, ni sólo los conserva en su existencia dándoles cuanto tienen, sino que los rige y gobierna en todas sus acciones y está presente en todos. Nada hay oculto a la mirada de Dios, nada puede sustraerse al poder de Dios.

En tanto existen y obran las criaturas vivas o insensibles en cuanto Dios las está mirando con su mirada creadora. En todas está Dios más presente a ellas que ellas a sí mismas. Los seres no conocen su propia esencia ni sus fuerzas. Yo no conozco mi esencia ni mi capacidad. Dios sí la conoce y me la da. Dios está en mí, en mi misma esencia y en mi entendimiento; Dios está en cada ser en su esencia misma y en todas sus moléculas. Está presente por esencia, presencia y potencia. Está dando el ser y conservándoselo a cuantas criaturas existen, como las da las cualidades y propiedades que tienen. Está presidiendo íntimamente a todos y a cada uno de los seres que ha creado y está más presente a ellos que ellos a sí mismos, sin que nada pueda ocultársele ni aun puedan obrar

si Dios no les da la acción y la fuerza. Dios está gobernándolo todo y disponiéndolo todo en cada uno de los movimientos particulares y en todos los movimientos colectivos.

Cada ser tiene su esencia y su principio de ser y de obrar. Cada ser tiene su centro, que es su esencia. Hoy nos hablan los físicos del centro del átomo y de las fuerzas que lo componen. El centro del alma es su propia esencia. No es un centro cuantitativo o matemático, pues el alma es espiritual y no tiene dimensión; es simple y no tiene fuera ni dentro, alto ni bajo. El alma está en todo el cuerpo y da vida a todo el cuerpo, aun cuando desarrolla su actividad por los propios órganos y miembros del cuerpo, aptos para ello.

El centro del alma como ser entitativo es ella misma toda, su propio espíritu, con las dos potencias de entendimiento y de voluntad.

El alma ha sido creada a imagen de Dios con una semejanza lejanísima. Siempre entre la criatura y el Creador hay distancia infinita. Los mismos Querubines y Serafines, los espíritus más altos y más perfectos, distan infinitamente de Dios, aun cuando nadan en belleza, sabiduría y amor. Sólo Dios es infinito en todo bien y en toda perfección. Toda criatura es finita.

Dios ha criado mi alma a imagen suya, y la ha criado para la dicha y la felicidad del cielo. Dios quiere transformar el alma y unirla con El en amor

y la une y la transforma por la gracia. Dios ha criado mi alma para la felicidad.

Dios quiere hacer maravillas en esta alma mía, en esta imagen suya, siempre que el alma quiera y ponga los medios que ha de poner.

El íntimo del alma —ya dije con Fray Juan de los Angeles— *es la simplicísima esencia de ella, sellada con la imagen de Dios, que algunos llamaron centro, otros íntimo, otros mente, San Agustín sumo y los más modernos la llaman hondón; porque es lo más interior y secreto donde no hay imágenes de cosas, sino... sólo del Criador. Aquí hay suma tranquilidad y sumo silencio, porque nunca llega a este centro ninguna representación de cosa criada, y según él somos deiformes o divinos, o tan semejantes a Dios que nos llama la Sabiduría dioses* (10).

165.—Y añade, resaltando estas maravillas de Dios en el alma: *Digo que el alma transformada en Dios por amor más vive para Dios que para sí, porque no ya lo que le pide el hombre exterior, sino lo que Dios le ordena, quiere y sigue. Y como el alma está más donde ama que donde anima, síguese que es más de la cosa amada que suya. Y en este sentido se puede decir que los justos accidental-*

(10) *Diálogos de la conquista del espiritual y santo reino de Dios,* diálogo 1, 3.

mente son hombres y sustancialmente dioses, pues por su divino espíritu son regidos y viven: como el hierro caldeado se queda hierro, aunque vestido de las cualidades del fuego, pareciendo más fuego que hierro por esencia, aunque verdaderamente no lo es sino por participación, como los justos son dioses (11).

Todo es obra de la gracia; todo es maravilla del amor de Dios en el alma. Dios con su gracia transforma al alma. Dios con su gracia y su amor pone su imagen viva en el alma y como que la transforma en sí comunicándola sus mismas propiedades y divinizándola. El alma entitativamente y como ser es centro de sí misma, pero Dios es el más propio y hermoso centro del alma y el alma ha sido creada para llegar a vivir este más hermoso centro y vestirse y apropiarse sus grandezas. ¡Y qué admirables son! ¡Y qué mundos de belleza y de magnificencia aparecen aquí! Porque aquí aspiran amor las peticiones de las almas y lo consiguen. Aquí encuentran, aun viviendo en la tierra, no sólo el mundo de la sabiduría, sino la atmósfera y el mundo de la felicidad cuanta puede caber en el corazón humano que todavía vive en el destierro. Esas almas palpitan con el amor de Dios.

La Beata Lutgarda había oído de los labios de

(11) Id., id., diálogo 3, 5.

Jesús: *Mira este corazón. Yo te aseguro que en él encontrarás, con un amor inviolable, divinos placeres, llenos de pureza.* Por eso la Beata dice a Jesús que no quería la gracia de hacer milagros, que había recibido, ni de entender las Sagradas Escrituras. *Soy muy ambiciosa, Señor; quiero tu corazón*, dijo tapándose la cara avergonzada de la atrevida petición que el amor la había impulsado a pedir. Pero el Señor la dice: *Yo quiero el tuyo.* Se cambiaron el corazón y el amor y tomó cada uno posesión del corazón del otro. Así dijo la Beata a Jesús: *Que yo no lo posea sino en Vos y para Vos* (12).

Los Santos aman con el mismo amor de Dios. La gracia obra el milagro de dárselo. La gracia es participación del mismo Dios en su naturaleza y en sus perfecciones comunicadas al alma. La gracia reviste al alma de Dios.

Dios sella con su imagen los corazones santos. Un día le dijo al Señor la Madre Violante, Carmelita de Granada, qué quería en desagravio de los pecadores; y el Señor la respondió: *Quiero tu corazón.* Ofreciósele la venerable y sintió que se le sacaban del pecho. Cuando se le devolvió el Señor advirtió estaba sellado con la imagen del mismo Jesucristo, «repitiéndose en ella lo que en la esposa de *Los Cantares*, lo que en San Ignacio már-

(12) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 16 de junio.

tir, en Santa Clara de Monte Falco y en Santa María Magdalena de Pazzis, cuyos corazones selló Dios por señas de posesión» (13), como selló por suyos el de otros muchos santos.

Sobre este centro de cada ser en su propia naturaleza está Dios, centro de todas las cosas y centro principalísimo y profundo del alma. Dios es el centro de infinito amor que comunica santidad y abrasa en amor de cielo.

166.—Pudiéramos comparar este centro con lo que observamos en los astros y en la naturaleza, pero de una manera incomparablemente más alta y perfecta. Giran los planetas del sistema solar en órbitas concéntricas alrededor del Sol. El Sol es su centro. Según es la proximidad de la órbita del planeta al Sol, es la intensidad de luz y calor que el planeta recibe del Sol. Si el planeta llegara a tocar al Sol o entrar en el mismo Sol, se fundiría o derretiría y se haría luz y calor con el Sol, se haría Sol. Por modo semejante reciben perfecciones de Dios las almas según entran más en Dios su centro y centro creador de todo bien. Sin dejar de tener su ser, se transforman e iluminan en el ser de Dios. Dios obra en ellas las maravillas de su infinito amor por la gracia y las hace, como hemos

(13) *Reforma de los Delcalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia,* por el R. Fr. Manuel de San Jerónimo; lib. 19, cap. 18, 16-20.

repetido ya, dioses por participación o comunicación (14).

He leído —los astrónomos sabrán lo que haya de verdad—, pero he leído en estos tiempos de los conocimientos tan adelantados, que si un trozo de sol del tamaño de un garbanzo cayese en toda su ignición en los mares, los haría hervir. Si eso fuese verdad con este sol material, ¿qué efectos espirituales tan maravillosos e incomprensibles hará Dios en las almas, que han llegado a ese *más profundo centro* de Dios? Esto nos hace sospechar algo de los inefables gozos y soberanos conocimientos de que nos hablan algunos Santos y que a nuestra tibieza y poca fe parecen increíbles.

Pero es Dios infinito, e infinito amor y poder quien los hace, y los hace para aumentar el amor en las almas. Es Dios quien hiere al alma con herida y llama de amor en lo íntimo y en la esencia misma del alma con intensidad como de Dios, levantando en el alma llamaradas altísimas como nos dicen que las altísimas llamaradas o fulguraciones del sol, en sus tormentas de fuego, suben varios cientos de miles de kilómetros con proporcionadas intensidades de calor. Derritirían hasta transformar en gases todos los elementos que tocasen.

Dios, centro perfecto, *el más profundo centro del alma*, está en el alma que le ama amándola y

(14) Véase en los caps. 13 y ss.

dándola amor. Dios *hiere al alma,* como nos dicen los escritores religiosos, con heridas profundísimas y dulcísimas de un amor extraordinario. Dios está obrando en el alma con actos especiales —con frecuencia tremendamente desoladores y apretados en la preparación— la obra de un amor extraordinario para transformar y hasta transformar al alma en amor divino. ¿Quién podrá imaginar cómo es esa obra extraordinaria de Dios en un amor extraordinario hasta transformar en amor y divinizar al alma?

167.—Nadie, que yo sepa y según mi pobre entender, la ha expresado hasta el presente como San Juan de la Cruz y muy difícil será superarle. Y el Santo, con un calor de vida como quien acaba de gustarlo, escribe:

¿Cómo se puede decir que la hiere, pues en el alma no hay ya cosa por herir, estando ya el alma toda cauterizada con fuego de amor?

Es cosa maravillosa que, como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está siempre echando llamaradas acá y allá, y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estále arrojando sus heridas como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivamente las artes y juegos del amor, como en el palacio de sus bodas... Estas heridas... son llama-

radas de tiernos toques que al alma tocan por momentos de parte del fuego de amor... los cuales acaecen y hieren de mi alma en el más profundo centro.

Porque en la sustancia del alma, donde ni el centro del sentido ni el demonio puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo. Y por tanto, tanto más segura, sustancial y deleitable cuanto más interior ella es, porque cuanto más interior es, es más pura, y cuanto hay más de pureza, tanto más abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios. Y así es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu, porque es Dios el obrero de todo... su negocio (del alma) es ya sólo recibir de Dios, el cual sólo puede en el fondo del alma... hacer obra y mover al alma en ella, y así todos los movimientos de tal alma son divinos, y aunque son suyos (de Dios), de ella lo son también, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento (15).

Los pensamientos, los afectos, las obras que realiza el alma levantada, purificada e iluminada con este amor, son divinos.

El centro del alma como ser entitativo espiritual es el obrar espiritual, que es el entender, el amar y el gozar del entendimiento y de la voluntad. El más alto y nobilísimo entender y amar y

(15) *Llama*, canción I, 8.

gozar es entender, es amar, es gozar a Dios con toda la intensidad de sus potencias.

Esta perfección sólo en el cielo puede tenerse cuando Dios comunique la luz de gloria. El alma, levantada entonces por la omnipotente y misericordiosa mano de Dios al conocimiento directo de la esencia de Dios y de sus infinitas perfecciones, entra en la exaltación gloriosa sobrenatural de su entendimiento y de su voluntad con la posesión de la sabiduría divina y del divino amor por la posesión de Dios; entra en la felicidad y dicha de Dios y para siempre.

Este es el centro más profundo del alma, donde el alma ya dichosamente se goza. Este es el fin glorioso y feliz para el cual hemos sido criados. Este es el centro que el alma pide a Dios movida de la llama de su amor.

Pero también le pide que en la tierra entre en este centro de amor llenando su entendimiento de pensamientos de Dios, su memoria de recuerdos de Dios y su voluntad de encendidos amores de Dios para amarle con todas sus fuerzas, y como esta anhelada realidad no puede llegar sin la transformación por la gracia y el amor especiales, le ruega que haga ya esta esperada transformación para mirarse en Dios y amarse sólo en Dios.